

Inundaciones: no se trata de una catástrofe natural

Via [International Viewpoint](#)

En el momento de escribir este artículo (17 de julio), las terribles inundaciones en Bélgica, partes de Alemania y los Países Bajos han causado más de 100 muertos. [1] Decenas de miles de personas han sido desplazadas, lo han perdido todo y quedarán traumatizadas para siempre. Otros ni siquiera tuvieron esa «suerte», por desgracia, y el gran número de desaparecidos (1.300 en Alemania) no deja lugar a dudas de que el precio final será mucho, mucho más alto. Los daños materiales son inmensos, por no hablar del impacto en términos de contaminación del agua y del suelo (por hidrocarburos, metales pesados, PCB, plásticos, aguas residuales, etc.).

Así es el cambio climático

Esta catástrofe es, casi con toda seguridad, una manifestación del cambio climático provocado por las emisiones de gases de efecto invernadero (principalmente procedentes de la quema de combustibles fósiles). En definitiva, si se tratara de un hecho aislado, habría alguna duda. Pero no se trata de un hecho aislado, sino todo lo contrario. En primer lugar, estas lluvias excepcionales se producen tras dos años de olas de calor y sequías igualmente excepcionales (recordemos que la ola de calor de 2020 causó 1400 muertos en Bélgica...). En segundo lugar, el hecho de que este diluvio en Europa occidental coincida con una ola de calor mortal y sin precedentes en Canadá (Columbia Británica) no es una coincidencia: es muy probable que ambos fenómenos estén relacionados y sean el resultado de la interrupción de la corriente en chorro circumpolar (fuertes vientos que giran a gran altura alrededor del polo). En tercer lugar, el aumento de los fenómenos meteorológicos extremos (tormentas y ciclones

más violentos, olas de calor y frío más intensas, sequías e incendios sin precedentes, lluvias, inundaciones y corrimientos de tierra, etc.) es indiscutible y corresponde perfectamente a las consecuencias del calentamiento global previstas por el IPCC desde su primer informe... hace más de treinta años.

Los gobiernos ignoraron los avisos meteorológicos

Los servicios meteorológicos de los países afectados habían diagnosticado la presencia en nuestras regiones de una «gota fría», un sistema de bajas presiones aislado y estable asociado a una masa de aire frío. Este tipo de fenómeno es conocido por provocar fuertes lluvias. Sabemos que estas precipitaciones pueden durar varios días, ya que la depresión es estacionaria. En este caso, la amenaza era aún más grave porque la «gota fría» estaba rodeada de enormes masas de aire caliente, cargadas de grandes cantidades de vapor de agua. Como este vapor de agua rodeaba la depresión, estaba destinado a condensarse y caer en forma de lluvia. Los meteorólogos e hidrólogos habían advertido que se avecinaba un acontecimiento excepcional. Los dos o tres días anteriores al inicio de la inundación podrían y deberían haber sido utilizados para analizar la amenaza, tomar medidas de emergencia, movilizar a la protección civil y al ejército, advertir a la población y evacuar las casas con mayor riesgo.

Esto no habría evitado las inundaciones, pero los daños habrían sido limitados y, sobre todo, se habría evitado la pérdida de vidas. La experiencia de Cuba con los ciclones confirma que la prevención marca la diferencia. Pero aquí no se hizo nada. Una vez más (como en COVID19!), se ignoraron las advertencias. Las razones son siempre las mismas: los gobiernos se centran en el canal económico, su prioridad es la «competitividad» de las empresas, se niegan a integrar el hecho de que la humanidad ha entrado en la catástrofe climática (en Bélgica, mientras se acumulaban los nubarrones, a una parte de la «clase» política le pareció incluso más

importante difundir chismes sobre los vínculos entre la Sra. Haouach y los Hermanos Musulmanes). [2]

Una serie de factores estructurales agravantes

Además de esta falta de preparación, la magnitud de las inundaciones y sus consecuencias se vio multiplicada por una serie de factores estructurales de diversa índole. Mencionemos en general: los recortes presupuestarios (en la protección civil y el cuerpo de bomberos en particular – ¡gracias Jan Jambon!); el hormigonado del terreno (que impide el drenaje del agua); el enderezamiento de los arroyos y el drenaje de los humedales (que actúa como una esponja); la expansión urbana; la gestión de las aguas pluviales (que se envían al alcantarillado y luego pasan por las plantas de tratamiento antes de desembocar en los ríos); la especulación del suelo (fomentando la construcción en las llanuras de inundación); la política agrícola (fomentando el monocultivo a gran escala) y las prácticas agrícolas (arado profundo, falta de cobertura del suelo, desaparición de los setos). [3]

En todos estos ámbitos, hace años que deberían haberse tomado medidas preventivas esenciales, que deben adoptarse sin demora para evitar nuevas tragedias. Pero la llamada «adaptación» necesaria para hacer frente a la parte irreversible del cambio climático no debe utilizarse para evitar la raíz del problema: el propio clima. Tenemos que salir de los combustibles fósiles lo antes posible, y para ello no basta con aumentar la cuota de energías renovables: hay que romper con el productivismo capitalista, cambiar por completo nuestro modo de producción, de consumo y de relación con la naturaleza, y hacerlo según un plan público.

Un préstamo de 2500 euros por familia es un insulto a las víctimas

El gobierno declara un día de luto nacional, llama a la solidaridad y a la unidad, pero con sus declaraciones mantiene

en el oscurantismo a la parte de la población que no es consciente del cambio climático. El Primer Ministro belga habló de un acontecimiento «excepcional, sin precedentes». La conclusión es que con el calentamiento global, lo «excepcional» se convierte en la norma, lo «sin precedentes» se convierte en algo común. Podemos ver claramente el vínculo entre «conocimiento» y «poder»: hacer hincapié en el carácter «excepcional» de las inundaciones sin mencionar que el clima permite a los políticos mantener el monopolio de la toma de decisiones al tiempo que evitan sus responsabilidades. Sin decirlo explícitamente, transmiten la idea de que la catástrofe es «natural», cuando no lo es.

Ni que decir tiene que este discurso hace el juego a los negacionistas del clima (representados en el gobierno por David Clarinval, del Movimiento Reformista, el viceprimer ministro, el compinche Drieu Godefride y el difunto Istvan Markó). [4]

(El Presidente del Movimiento Reformista, GL Bouchez, se mostró en desacuerdo con el vínculo establecido por «algunos» -en particular el climatólogo JP van Ypersele- entre las inundaciones y el calentamiento global).

Pero todas las tendencias políticas en el poder tienen un cierto interés en promover este discurso. Hablar de «catástrofes naturales» permite esconder bajo la alfombra la inacción climática de las sucesivas coaliciones. Si las víctimas tuvieran una idea clara de la responsabilidad de los gobiernos, el préstamo de 2.500 euros por familia afectada (una decisión del gobierno valón) les parecería otra injusticia, un insulto a las víctimas. En lugar de que se devuelva este préstamo, las poblaciones tienen derecho a exigir una reparación digna de ese nombre, financiada por las empresas, los bancos y los accionistas que siguen invirtiendo en fósiles contra viento y marea.

Inundados y hambrientos de todo el mundo, ¡uníos!

Más allá de la solidaridad imperativa con las víctimas, debemos aprender las lecciones de la tragedia, y la lección número uno es que el tiempo es corto, que no hay un minuto más que perder. Hay que tomar urgentemente las medidas más decisivas para detener la catástrofe climática; de lo contrario, se convertirá en un cataclismo.

La segunda lección es que no podemos confiar en los gobiernos: llevan más de treinta años diciéndonos que hagamos algo por el clima y no han hecho casi nada. O mejor dicho, han hecho demasiado: sus políticas neoliberales de austeridad, privatización, apoyo a la maximización de los beneficios de las multinacionales de los combustibles fósiles y apoyo a la agroindustria nos han llevado al borde del abismo. «Todos estamos en el mismo barco», dicen los legisladores. No: tanto en el Norte como en el Sur, los ricos se salen con la suya y se enriquecen con los desastres de los que son los principales responsables (el 10% más rico emite más del 50% del CO2 mundial). Las clases trabajadoras están pagando la factura, enfrentándose tanto al empeoramiento del calentamiento global como a la profundización de las desigualdades sociales. Los más pobres están pagando dos, tres veces, cuando no tienen otra solución que emigrar, arriesgando sus vidas, con la legítima esperanza de una vida mejor. El cambio climático es una cuestión de clase.

La tercera lección es que todos los que son víctimas de esta política -pequeños agricultores, jóvenes, mujeres, trabajadores, pueblos indígenas- deben unirse, más allá de las fronteras. No hay diferencia entre la gente pobre que camina sobre el agua en Pepinster o Verviers y la gente pobre que camina sobre el agua en Karachi o Dhaka (1/3 de Bangladesh bajo el agua en 2020 debido a la alteración de los monzones por el cambio climático!) No caigamos en el cinismo del gobierno, que aprovechará las inundaciones para desviar la atención de los inmigrantes indocumentados que llevan más de 50 días en huelga de hambre en Bruselas, aún a riesgo de

morir.

La no-declaración criminal de la UE: el «exceso temporal» de 1,5°C

En los próximos días escucharemos a los gobiernos jurar que las dramáticas inundaciones confirman su deseo de un capitalismo verde, que la Unión Europea está liderando el camino y que todo sería mejor si el resto del mundo siguiera su ejemplo.

La cuarta lección es no dejar que los gobiernos nos duerman con esta retórica. El capitalismo verde es una farsa. El plan climático de la UE está lleno de falsas soluciones (plantación de árboles), trucos (no contabilizar las emisiones de la aviación y el transporte marítimo mundial), tecnologías peligrosas (captura y secuestro de carbono, energía nuclear, cultivos energéticos en millones de hectáreas), nuevas injusticias coloniales contra el Sur (compensaciones de carbono, impuestos fronterizos de la UE) y nuevas medidas antisociales de mercado (pagos por el carbono en los sectores de la construcción y la movilidad, que las empresas trasladarán a los consumidores). El verdadero objetivo de este plan es la cuadratura del círculo: combinar el crecimiento capitalista con la estabilización del clima. Su objetivo tácito es el descabellado plan de «superar temporalmente» el umbral de calentamiento de 1,5°C, compensado después por un hipotético «enfriamiento» tecnológico del planeta.

Las inundaciones en Bélgica y Alemania, así como otras catástrofes en todo el mundo, sugieren las consecuencias de pesadilla de este «rebasamiento temporal». El 10 de octubre en Bruselas, hagamos de la manifestación por el clima un maremoto popular por una política diferente. [5] Una política para el bien común, una política democrática y social para satisfacer las necesidades humanas reales, una política solidaria y amorosa de cuidado sin fronteras para las personas y la Madre Tierra.